

EL GIGANTE DE LOS PICAFLORES * EN LA PLATA

En la ciudad de La Plata y sus alrededores son bastante frecuentes, si no abundantes, dos especies de picaflores; el picaflor verde (*Heliomaster furcifer*) y el picaflor cobrizo (*Chlorostilbon aureiventris*); visitan casi exclusivamente las flores de forma tubulosa y de preferencia las de colores vivos azules o rojos; el arbusto más preferido es la solanacea vulgarmente llamada «comida de víbora» (*Lycium cestroides* Schl.). En el año 1895 capturé alrededor de una de estas plantas, con una simple red de mariposas, unos veinte ejemplares de ambas especies, los que mantuve vivos en una gran jaula hecha a propósito, durante cinco o seis meses, brindándoles cada día grandes ramos de flores de todas clases, y como comida cálices rellenos de miel en la cual había desleído un poco de yema de huevo cocido; murieron la mayor parte durante el invierno, especialmente en los días más crudos, y los pocos que sobrevivieron los solté a la primavera siguiente; siempre fueron mansitos y tomaban alimento sin dificultad.

El sábado pasado, 3 de diciembre, después del almuerzo, como a la una de la tarde, estaba examinando una planta de Jazmín de Ceará (*Secondatia floribunda*) que cultivo en mi jardín y que se hallaba totalmente cubierta de una enormidad de sus niveas y perfumadas flores, cuando mi atención fué captada por un fuerte y largo chirrido peculiar y me quedé admirado al ver asentarse sobre el alambre que sostenía el jazmín, un hermoso picaflor, de tamaño relativamente extraordinario y de colores apagados atortolados en el cual reconocí inmediatamente al picaflor gigante andino; parecía muy manso o muy cansado, pues no se alteró por haberme acercado a pocos metros de él junto con varias otras personas de mi familia; se mantenía muy tieso y derecho casi vertical y después de haber descansado algunos instantes volvió a visitar las flores del jazmín, para volver a descansar, repitiendo tres o cuatro veces esta maniobra para emprender finalmente el vuelo de retirada; yo me había quedado tan perplejo que ni pensé capturarlo de algún modo; después reflexionando me arrepentí de no haberlo hecho, y opinando que la presencia de este huésped a orilla del Plata interesaría a los ornitólogos he creído oportuno escribir al instante esta corta comunicación. No puedo haberme equivocado, pues conozco muy bien las especies platenses en sus varios hábitos de muda y tamaño; la *Patagona gigas* también me es muy conocida por haberla admirado sendas veces en los Andes, especialmente en Potrerillos, en Uspallata, en Punta de Vacas y en la Cumbre donde anda mariposeando sobre las flores del *Tropeolum polyphyllum* y por haber hallado dos veces su nido en la boca de los socavones de minas; la primera vez en Enero de 1896 en el Cerro Jiménez, la segunda en 1909 en Potrerillos; ese nido tiene la forma cónica, formado de materiales herbáceos groseros entretrejidos de cerdas de caballo al exterior y rellena su cavidad con vilano de Asclepiadaceas y de Compositaceas; ambas veces hallé en ellos un solo huevito elíptico muy alargado liso blanco-mate sin manchas.

C. SPEGAZZINI.

(*) *Patagona gigas*.

UN CONGRESO DE LECHUZAS

En los últimos meses del año 1899, convaleciente de una grave enfermedad, fui, acompañado de mi hijo mayor, a pasar una temporada de campo en Curá-malal, recibiendo gentil y generosa hospitalidad en la «Estancia de los Ingleses», dirigida por un fino gentleman, el señor Smith.

La mañana del 12 de diciembre, hermosísima y templada, salí temprano, hacia las cinco, junto con mi hijo, a recorrer los alrededores en un tilbury, puesto

a mi disposición galantemente por el Administrador, dirigiéndonos hacia el Sur y costeanado el arroyo Curámatal; todo el campo rebosaba de vida, millares de chingolos, de jilgueros, de pechos colorados revoloteaban por todas partes haciendo resonar sus alegres gorgeos; los teros nos perseguían con sus gritos, para ocupar nuestra atención y permitir a sus pequeñuelos de disparar y hacerse humo delante de nuestros ojos, mientras las perdices copetonas guiaban con cómica seriedad largas hileras de graciosos pollitos que asustados gambeteaban como diminutos avestruces. Nosotros íbamos casi al paso, no tanto para evitar el molesto traqueteo, como para poder escudriñar atentamente el exuberante manto de verdura que revestía la tierra y que nos brindaba tipos raros o interesantes para mis colecciones. Serían tal vez la seis y media cuando al dar vuelta a una curva del camino nos encontramos frente a una bifurcación; nótese que todos los caminos estaban limitados por alambrados de cinco hilos; el alambrado que allí apartaba las dos rutas, formaba una esquina en forma de un triángulo agudo de unos 40 grados de abertura; nosotros nos paramos a unos diez metros de la punta de dicha esquina, no para resolver por cual de las dos sendas debíamos seguir, sino sorprendidos por el inesperado y curioso espectáculo que se presentaba a nuestra vista.

Asentadas sobre los alambres que limitaban ese triángulo había unas trescientas lechuzas (*Speotyto cunicularia*) y tal vez más, pero no me fué posible contarlas con exactitud; la mayor parte de ellas ocupaban el hilo superior, una menor cantidad el siguiente inferior y unas pocas solamente estaban dispersadas en los otros tres alambres más bajos; todas ellas estaban orientadas con la cabeza hacia el interior del triángulo como la concurrencia de un circo, ocupando una longitud de casi unos treinta metros en cada lado, distribuidas en grupos de cinco a diez, separados por espacios de 30 a 50 centímetros uno de otro, observándose en estos espacios una que otra aislada; los individuos de cada grupo estaban apretados tocándose, manteniendo una inmovilidad casi absoluta, un silencio completo, como absorbidas del todo por el espectáculo al cual dirigían su atención; no se asustaron por nuestra aproximación y casi desdeñosas no nos hicieron caso; en tierra, en el área interior del triángulo en la parte central casi equidistante de la esquina y de los extremos laterales ocupados por la concurrencia, había unas veinte lechuzas de pie, bien derechas, ordenadas en círculo de un diámetro de más o menos un metro, circundando a otra sola y aislada en el centro; esta lechuza estaba en continuo movimiento dentro del círculo, yendo de un lado para otro enfrentándose con una u otra de las que le hacían corona y entonces hacía sentir un grito fuerte de: chúc-chúc-chúc, repetido muchas veces casi con rabia y entonces sacudiendo todo el cuerpo y las alas e hinchando las plumas; después de unos minutos la del centro iba a la periferia y era sustituida por otra del circulillo, que repetía los mismos gritos y ademanes de la anterior; cada tanto una de las del círculo terrestre volaba a los alambres y de éstos rápidamente bajaban una o dos a sustituirla y sólo entonces se notaba una cierta agitación entre los espectadores de entre los cuales se levantaba un chirrido fuerte y destemplado: errrrr... chí-chí-chí. A veces la lechuza central en lugar de pasar a la circunferencia volaba directamente al alambrado y entonces parecía que un soplo de irritación pasaba sobre toda la asamblea cuyos individuos se sacudían a su vez, hinchaban las plumas y emitían una gritería infernal de chrrrr... chí-chí-chí-chí.

Parecía verdaderamente que se asistía a un congreso donde se discutieran importantes asuntos del gremio lechucesco y hasta me pareció que no faltaron algunas riñas y el cambio de algunos picotazos y arañazos.

Este espectáculo duró por una media hora y quien sabe desde que tiempo había empezado antes de nuestra llegada!

Por fin, de improviso la lechuza que ocupaba entonces el centro del círculo terrestre, después de una acalorada discusión con un adversario periférico, se levantó derecha y perpendicularmente a una altura de unos seis a siete metros y allí permaneció inmóvil librada sobre las alas emitiendo repetidos y muy fuertes chirridos: *chrrrr... chi-chi-chi-chi*, que fueron coreados por todas las demás en tierra y en los alambrados; entonces inició un rápido vuelo horizontal dirigiéndose al arroyo donde la siguieron todas las demás compañeras chirriando desahoradamente y mostrando una gran excitación como presas todas ellas por una explosión de rabia y de furor.

Pocos instantes después habían desaparecido todas ellas siguiendo por la quebradita del arroyo sin darme tiempo de determinar dónde habían ido a parar.

Esta escena tan interesante y cómica a un tiempo, quedó grabada en mi cerebro y nunca pude hallar una explicación satisfactoria. En efecto las lechuzas no son aves migratorias y por lo tanto no podía ser una asamblea para emigrar todas juntas; no podía ser tampoco una reunión para dirimir contiendas amorosas por qué la estación era ya bastante adelantada. Más bien me pareció un tribunal para determinar la suerte de algún compañero rebelde o criminal, o para decidir la permanencia o el abandono de una localidad.

Difícilmente se podrá ver otra vez ese espectáculo, pues las pobres lechuzas, las fieles compañeras de las viceachas, al desaparecer éstas, han desaparecido también ellas en gran parte con gran satisfacción de los pequeños roedores de los cuales hacían grandes estragos.

C. SPEGAZZINI.

LA DANZA DE LOS AVESTRUCCES

Durante una expedición arqueológica en la Puna de Jujuy en 1901, fui testigo de un hecho tan extraordinario y poco conocido, en cuanto a las costumbres de los avestruces, que creo deber consignarlo aquí, en las columnas de EL HORNERO.

Venía, uno de los primeros días de noviembre de dicho año, en viaje para San Antonio de los Cobres, actualmente capital de la gobernación de Los Andes, desde la Cuesta del Acay, paso por las montañas entre el valle Calchaquí y la altiplanicie de la Puna, por el que atraviesa el camino de Catamarca y Salta a Bolivia. El camino me llevaba por valles interrumpidos por lomas relativamente bajas, en un territorio desierto y árido, a más o menos 3.700 metros sobre el nivel del mar. La única vegetación se compone de raros arbustos bajos, achaparrados, entre los cuales algunas veces hay escasas matas de pasto duro y también cactáceas. Entre el Acay y San Antonio de los Cobres no hay habitante ninguno, pero en algunos parajes se encuentran casas abandonadas, y, cerca de este último lugar, las ruinas de una vieja fundición de metales, llamada Pompeya.

Llevaba tres peones montados, un indio baqueano a pie y dos o tres mulas cargadas con equipaje y colecciones. Estos venían bastante atrás de mí, cuando bajaba una loma, al pie de la cual estaba una vivienda de indios abandonada, compuesta de tres casas de piedra rodeando un patio de regular extensión, cerrado en el cuarto costado por un corral también construido de piedra. Sabía que estas casas no eran habitadas, por lo que quedé muy sorprendido cuando advertí que en el patio se movían varios individuos que en el primer momento tomé por seres humanos. Detengo mi mula y quedo atónito al ver que se trataba de avestruces que ejecutaban una especie de baile. No me habían oído y pude durante más o menos dos minutos observar a unos 100 metros de distancia, su extraña danza parecida a nuestras «cuadrillas» o «lanceiros». Eran nueve avestruces, de los cuales ocho formaban cuadro, en cuatro parejas, dispuestas en los